

## El adolescente y la toma de decisiones en salud

¿Cuándo se puede considerar a un paciente –por añadidura, adolescente– como un agente moral autónomo?

Por Diana Cohen Agrest\*  
Diplomatura en Bioética

Una de las controversias más frecuentes en relación con la toma de decisiones en salud se condensa en el siguiente interrogante: ¿cuándo se puede considerar a un paciente –por añadidura, adolescente– como un **agente moral autónomo**?

En su calidad de agente moral (y legalmente) competente, se exige del paciente que posea determinadas capacidades que lo habiliten para tomar decisiones autónomas y, frente a un determinado tratamiento, otorgar un consentimiento informado válido. Pero dichas capacidades exigen cierto grado de desarrollo psicológico propio de un individuo relativamente maduro. Esta madurez evolutiva implica, fundamentalmente, el desarrollo de ciertas capacidades cognitivas y volitivas supuestas en el razonamiento y la deliberación para la toma de decisiones en salud, tales como la comprensión de los hechos que hacen a un cuadro clínico en particular, el pensamiento operacional para la evaluación de dichos hechos, cierta apreciación de las consecuencias a mediano y largo plazo de la enfermedad, la posibilidad de sopesar las alternativas de tratamiento, la estimación de cargas y beneficios de cada una de esas alternativas disponibles y la fuerza de voluntad que se requiere para optar por y sostener apropiadamente el tratamiento finalmente elegido.

No obstante, este reconocimiento por parte de la familia y de la comunidad médica de los derechos del adolescente para decidir, es incipiente. Los fundamentos jurídicos para defender la participación de los menores, especialmente los menores adultos (entre 14 y 21 años) en el proceso del Consentimiento Informado ya se explicitan en la Convención Internacional de Derechos del niño, que establece que el niño es persona humana, sujeto y titular de derechos y obligaciones. Es notorio entonces que en el paciente adolescente confluyen varios factores que lo vuelven peculiar. El primero de ellos es que la situación de un adolescente maduro da lugar a una controversia difícil de zanjar: la de que aquel que decide en nombre de quien es, al menos cultural y legalmente, todavía un menor o si, por el contrario, es el propio menor el que tiene que decidir acerca de su propia persona.

El segundo de los factores es que se lo considera incapaz de participar de forma exclusiva en las decisiones. Y esta dependencia de los adultos hace que la clásica relación bipolar médico-paciente se convierta en un triángulo donde, pese a que se discute su lugar en la toma de decisiones, el vértice primario es el adolescente. Los fundamentos morales de los derechos de los padres a decidir en lugar de sus hijos deben ser tomados en consideración, puesto que el paciente adolescente vive íntimamente vinculado física, legal, emocional y económicamente a ambos o a uno de sus padres. Dado que la responsabilidad fundamental de los padres es tomar decisiones que conciernen a sus hijos, probablemente asignen un mayor peso a los beneficios mediatos pero permanentes, que a las experiencias inmediatas que pueden ser desagradables, pero transitorias.

Se suele dar por sentado que, salvo excepciones, la mayoría de los padres cuidan del bienestar y de la formación de sus hijos tanto moral como legalmente, lo hacen con las mejores intenciones y defienden como nadie los intereses de sus hijos. Y hay hasta quienes sostienen que los padres son quienes deben tomar la decisión. Y se espera, consecuentemente, que los padres decidan según el criterio del mejor interés de su hijo. A menudo, cuando el médico se encuentra con padres que no deciden tomando en cuenta el mejor interés de sus hijos, apelan a la autoridad de un juez.

La competencia implica vincular la capacidad de decidir de una persona en un determinado momento y bajo determinadas condiciones, con una determinada toma de decisión. Pero esta expresión es excesivamente general. La competencia fluctúa a lo largo del tiempo, y en el caso de los adolescentes, esto se aplica especialmente dado que esta fluctuación se explica naturalmente por el propio desarrollo evolutivo. Pero además, así como sucede con los adultos, todo juicio sobre la capacidad de decidir del adolescente depende del momento en que éste lleva a cabo su toma de decisión y de su estado psicoafectivo. Y, al igual que con cualquier grupo etéreo, no puede dejar de tomarse en cuenta la posible influencia de ciertos factores que distorsionan la toma de decisión, tales como el efecto de psicofármacos o el encontrarse en un estado de severo stress. Cualquier individuo en ese estado, no sólo un adolescente, puede ser incapaz de tomar una decisión, y una vez superado ese estado, puede hacerlo. Sin la capacidad de prever las consecuencias de rechazar un tratamiento, su juicio con frecuencia no será en su propio interés.

Se puede objetar que todo lo dicho es defendible siempre y cuando los valores adolescentes sean compatibles con los de los adultos. Pues bien, ¿en qué medida se deben respetar los valores de los adolescentes cuando entran en conflicto con los de los adultos? ¿Qué actitud debe asumir el médico cuando los adolescentes se oponen a sus padres?

Cuando la salud se encuentra seriamente amenazada, el médico tiene la obligación de proteger la salud del joven, dándole al paciente la posibilidad de que sobreviva y llegue a ser un adulto. Finalmente, se puede señalar que tal como sucede con los adultos, esa competencia sólo sea presunta. Cuando hay evidencia de que el joven está decidiendo erróneamente en tratamientos cruciales, esa competencia sólo presunta puede ser desestimada. Y pese a que los tribunales no son los lugares ideales para tomar decisiones, apelar a instancias legales en el tratamiento de adolescentes se justifica plenamente en ese tipo de situaciones dilemáticas.

*\*Por Diana Cohen Agrest. Dra. en Filosofía (UBA) – Magister en Bioética (Monash University) –  
Directora de la Diplomatura en Bioética Clínica y de la Diplomatura en Ética de la Investigación de la Universidad  
Isalud*

## Bioética Virtual en Isalud

Directora: **Dra. Diana Cohen Agrest**

Consultas sobre inscripciones y administrativas:

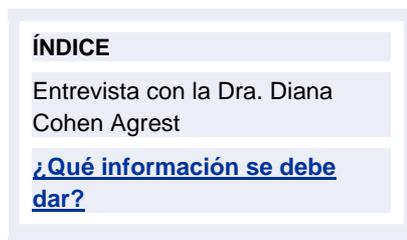
[distancia@isalud.edu.ar](mailto:distancia@isalud.edu.ar)

29 NOV 06 | [La información genética](#)

### Inteligencia Ética, Diana Cohen Agrest

A raíz de la publicación de su último libro, IntraMed ofrece un capítulo exclusivo y una entrevista con la autora.

Diana Cohen Agrest  
Intramed



Entrevista con la Dra. Diana Cohen Agrest

## Los intelectuales y el país de hoy

"Nos acostumbramos a tomar la corrupción como algo normal"

Lo dice **Diana Cohen Agrest**, doctora en Filosofía, especializada en temas de ética

Los argentinos medimos los comportamientos éticos con distinta vara, según nos convenga o no. Tendemos a juzgar la acción política con parámetros estrictos, pero pasamos por alto nuestras pequeñas transgresiones cotidianas. Tenemos una vocación transgresora y tendemos a no respetar las normas, hacemos un culto de los valores light y tomamos la corrupción como si fuera algo normal.

La mirada de **Diana Cohen Agrest** es una radiografía de una sociedad con los límites desdibujados y, por lo tanto, "expuesta a generar su propio y evitable dolor".

Ella es doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y magíster en Bioética por el Centre for Human Bioethics de la Monash University, Australia. Sus opiniones sobre las características de una sociedad transgresora llaman a la reflexión.

"El argentino medio tiende a reducir la esfera de la ética a los juegos del poder tan característicos de la política argentina, sin reparar en que la ética se debería ejercer no sólo desde el poder, sino en cada uno de nuestros actos cotidianos", dice.

Autora de Inteligencia ética para la vida cotidiana, entre otros numerosos libros y artículos publicados, Cohen Agrest enseña en el Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde 1983, es investigadora de Flacso y de la Universidad Autónoma de México y da cursos virtuales de Bioética.

Una de las grandes virtudes de los textos de Diana Cohen Agrest es que -lejos de relegar su discusión a los ámbitos académicos exclusivamente- reúnen la actitud inquisitiva del pensar filosófico con un lenguaje ágil y llano y lo hacen desde una perspectiva laica y pluralista, con una buena llegada a las generaciones más jóvenes.

-Los argentinos tendemos a asociar la ética con las cuestiones públicas y con la política. Pero ¿qué ocurre cuando lo que está en juego son cuestiones del ámbito privado y de nuestra vida cotidiana?

-Por cierto, el criterio varía. El argentino medio tiende a reducir la esfera de la ética a los juegos del poder tan característicos de la política argentina, sin reparar en que la ética se debería ejercer no sólo desde el poder, sino en cada uno de nuestros actos cotidianos. De allí que, con razón, juzgamos a los políticos con parámetros estrictos, pero pasamos por alto nuestras pequeñas corrupciones cotidianas. Hace unos días, solicité en una playa de estacionamiento el ticket, y el encargado me respondió: "Usted me reclama por monedas cuando los de arriba se están robando el país..."

-¿Medimos los comportamientos con distinta vara?

-Claro. Esta asimetría con que juzgamos lo público y lo privado se reproduce en distintos planos. El conductor que se queja de que el Gobierno no resuelve el problema de los baches es el mismo que arroja papeles por la ventanilla. En otros países se respeta el espacio público porque se estima que es propiedad de todos. En nuestro país sucede exactamente lo contrario: el espacio público, precisamente porque es público, no es de nadie. Es una inversión nefasta.

-Hace más de 20 años el jurista Carlos Nino escribió Un país al margen de la ley, donde señalaba la vocación transgresora de los argentinos. ¿El paso del tiempo profundizó o atenuó esa inclinación?

-Nino nos advirtió sobre la anomia, entendida como una fuerte y sostenida inclinación a la ilegalidad, tanto en la esfera pública como en la privada, y creo que esa vocación transgresora se fue profundizando en los últimos tiempos. El mismo término "transgresor" posee una carga de valor positivo: aquello que en otros tiempos se denominaba "vanguardia" hoy, sintomáticamente, se llama "transgresión". El hecho de que se impida elegir rector de la Universidad de Buenos Aires es una clara modalidad transgresora en el marco de un sistema democrático, impensable a lo largo de la historia centenaria de esa universidad. Es curioso: mientras que un sistema de

normas explícito establece claramente las reglas y las prohibiciones, paralelamente funciona un código práctico tácito que dice cuándo, cómo y por quiénes pueden ser transgredidas las normas explícitas. Las normas existen, pero coexisten con una normatividad alternativa que tiene mayor fuerza que la ley.

-¿Por ejemplo?

-Le puedo dar uno entre miles: en una esquina, el peatón tiene prioridad en el cruce de la calle. Pese a que existe una ley de tránsito que dispone que el automovilista debe detenerse para que el peatón pueda cruzar, es el automovilista quien le da la venia al peatón, concediéndole el permiso para hacerlo. Al peatón sólo le cabe esperar a que el automovilista le ceda dicha prerrogativa. De no hacerlo, adopta una conducta suicida.

-Asistimos a casos relacionados con violencia adolescente o juvenil, sin distinción de clases sociales ¿Qué pasa con los límites en nuestra sociedad?

-Los sentimientos agresivos existieron siempre. Parecería que lo que está fallando ahora es la capacidad inhibitoria de ciertos impulsos, en tanto y en cuanto no hay un mecanismo que medie entre el impulso agresivo y el pasaje al acto. Creo que la falta de límites que viven los adolescentes es, en gran medida, la resultante de que fueron educados por una generación que sufrió las prohibiciones de una dictadura. Como suele suceder, esos padres han pasado de un extremo al otro y se sienten incapaces de poner límites a sus hijos e incluso a sí mismos.

-Los jóvenes ven que sus padres trabajaron toda la vida y llegan a grandes en medio de graves penurias. Y piensan: ¿de qué les sirvió? ¿Cómo se lucha contra esa desesperanza?

-Se lucha contra la desesperanza quitando a los chicos de la calle, generando fuentes de trabajo para los jóvenes y garantizando una inserción digna a los que pudieron completar sus estudios. Pero estas políticas públicas concretas deben acompañarse con un modelo alternativo: enseñarles a pensar por sí mismos y a defender sus valores, sin dejarse llevar por una cultura mediática que fagocita la reflexión y que propone a menudo un modelo perverso que exalta la mimesis de lo más burdo que el ser humano puede exhibir.

-¿Cambiaron los valores? Pensemos en los que traían los inmigrantes a principios del siglo XX, cuando estaba todo por hacer

-Entonces la cuestión era relativamente más sencilla: hasta el más iletrado de los inmigrantes dictaminaba, a modo de incuestionable mandato, lo que debía ser el deseo de sus hijos: "Serás médico, ingeniero, abogado..." Y, quien más, quien menos, terminaba consagrándose duramente al mandato paterno hasta terminar con el título colgado en la pared. Lo cierto es que, pese al innegable esfuerzo, dentro de todo era bastante sencillo. Pero hoy los términos han cambiado. Padres posmodernos, tal como nos preciamos de ser, solemos declarar con un gesto entre pomposo y condescendiente: "Sólo quiero que seas feliz". Y, en rigor de verdad, formulado en estos términos, ser feliz es un objetivo más difícil de alcanzar que un honoris causa otorgado por la Universidad de Oxford.

-Usted habla de una ética para la vida cotidiana. ¿Podríamos decir, entonces, que el suyo es un libro de autoayuda?

-La literatura de autoayuda se ganó merecidamente cierta mala reputación. Pero, en rigor de verdad, toda gran filosofía es un texto de autoayuda. ¿Acaso la enseñanza socrática no se inició con ese "Conócete a ti mismo" por el que el filósofo vivió y murió en su intento de persuadir a sus conciudadanos de que sólo una vida reflexiva es digna de ser vivida? Por supuesto, si se esperan soluciones mágicas, o recetas, se está perdido: todo acercamiento a la filosofía es una invitación al gozoso riesgo de ser desbordados por los interrogantes.

-¿Qué diferencia hay entre moral y ética?

-El sentido común suele identificar la ética con la moral, y a menudo usamos uno u otro término indistintamente. Pero si aspiramos a la precisión conceptual debemos advertir que mientras que la ética es la teoría sobre el hecho moral, la moral alude al conjunto de normas y conductas predominantes en una sociedad. En cierto sentido, nos es impuesta. Así, creemos comportarnos moralmente, cuando en verdad sólo nos dejamos llevar por la corriente. En contrapartida, la ética

es la reflexión sobre el conjunto de conductas y normas imperantes y, por extensión, es la reflexión sobre cómo conducir nuestra vida. Es un compromiso asumido frente a nosotros mismos, e implica ocuparnos de cómo deberíamos vivir y de qué deberíamos hacer.

Por Carmen María Ramos  
Foto: Gustavo Cherro  
Para [LA NACION](#)

**Nota: Resignificación de un dilema**

**Autor de la nota:** Mora Cordeu

**Medio:** La Prensa

**Fecha:** 25/11/2007

**Libro:** [POR MANO PROPIA](#)

**Autor del libro:** *Diana Cohen Agrest*

**Extracto:** El derecho a decidir nuestro final, en un época signada por el alargamiento de la vida a costa muchas veces de un encarnizamiento terapéutico, es uno de los temas abordados en *Por mano propia*, que editó el Fondo de Cultura Económica.

En una exhaustiva investigación, algunos dilemas de nuestra época se recortan del recorrido histórico y cultural planteado en el libro *Por mano propia* sobre un hecho controvertido: el del suicidio, "que siempre estuvo asociado a una connotación negativa", dice su autora, Diana Cohen Agrest.

En estos días, los avances de la medicina permiten mantener indefinidamente con vida un ser humano "que ya no tiene ninguna capacidad de vida biográfica y es más en contra de su voluntad. Y es ahí donde se advierte una ruptura. Hay que resignificar la muerte voluntaria, ya no podemos evaluarla de acuerdo a los cánones tradicionales", explica.

### Deuda cultural

"Cuando uno no tiene ningún poder sobre su propia vida, se le expropiia la muerte. Es una deuda cultural con nosotros mismos. La gente le escapa al tema de la muerte, no es un tema *fashion*. Pero la realidad es que más tarde o más temprano nos vamos a tener que enfrentar a esta situación", apunta la especialista.

En este momento, "que vivimos en una cultura casi adolescente es muy difícil introducir este tema. Para los médicos también es terrible porque tienen una responsabilidad enorme, sobre todo los profesionales de terapia intensiva",

señala.

La ley de ejercicio de la medicina, recuerda la autora, "les permite a los médicos cierto margen de discreción para poder decidir no suministrar determinados tratamientos o no conectar a la gente a un respirador".

Según varias encuestas, nacionales y extranjeras, "el médico siente que si le retira el respirador a una persona está cometiendo un acto moralmente mucho más censurable que si no se lo pone".

### Tiempo de decisión

Muchas veces por temor, señala la investigadora, "se tiene conectada a una persona por meses aunque no sea posible su recuperación. Y en el otro extremo para no tomar esa decisión no se utiliza el respirador con personas que pueden salvar su vida de ese modo. El límite de decisión es muy fino".

"¿Cuándo termina la morfina para calmar el dolor y cuándo empieza la dosis para un acto de eutanasia? El tema es defender la vida bien vivida", reflexiona Cohen Agrest.

El objetivo de su libro, recién publicado por el Fondo de Cultura Económica, "es resignificar la posibilidad de querer morir, que no es una mala palabra. Una idea que tenía vigencia en una sociedad religiosa donde se pensaba que Dios nos daba la vida y Dios nos la quitaba".

"Pero desde un punto de vista secular, que es el que yo defiendo, creo que en última instancia uno tiene el derecho de decidir sobre su propia vida. Lo que pasa que tampoco esta posición es una apología del suicidio", aclara Cohen Agrest.

### El tema de Dios

A su juicio "la confrontación del hombre consigo mismo se inscribe dentro de una perspectiva secular. Podemos decidir con responsabilidad acerca de nuestra propia vida".

"'Si Dios no existe todo está permitido', dice Dostoievski, pero es justamente al revés, porque Dios no existe es que tenemos una responsabilidad enorme al decidir. No hay que rendir

cuentas a nadie que nos va a castigar o premiar por nuestras acciones. Estamos frente al tribunal de nuestra conciencia - arriesga Cohen Agrest- y señala "en la Argentina, la población de mayor riesgo de suicidio son los adolescentes y los viejos".

Próximo desafío

"El próximo desafío para la sociedad occidental es establecer políticas de salud que atiendan a los viejos. Cada vez hay más. La vida se prolonga ¿pero en qué condiciones? Y los servicios sociales no pueden sostener esta situación. De ahí la vulnerabilidad", asegura.

"Yo había propuesto que la bajada del libro dijera 'estudios sobre la muerte voluntaria', porque el rasgo fundamental que reúne a distintas clasificaciones (suicidio, eutanasia voluntaria activa y el suicidio asistido) es el querer morirse", indica la autora, que es magíster en Bioética por el Centre for Human Bioethics de la Monash University.

"Si vivimos confinados en una cultura que reniega de los moribundos, es comprensible -y tal vez constituya el acto último de una sabiduría prudencial- que quien se acerca a su fin se niegue a ser condenado a ese estatuto por un tiempo indeterminado e indeterminable", escribe.

El tema se vuelve complejo cuando uno tiene que decidir por un tercero. "Si tengo que tomar posición sobre la eutanasia - precisa- no estoy convencida. Si acá se implementara va a empezar como un deseo de morir para terminar siendo una obligación de morir".

Desde el punto de vista moral, resalta la investigadora, "no es que la práctica en sí sea incorrecta, pero su aplicación no es posible en un estado donde no se respetan las leyes ni siquiera con la gente que está en pleno uso de sus facultades, qué decir de aquellas en estado vulnerable".

## **ENTREVISTA A DIANA COHEN AGREST, DOCTORA EN FILOSOFÍA, ESPECIALIZADA EN TEMAS DE ÉTICA. 'NOS ACOSTUMBAMOS A TOMAR LA CORRUPCIÓN COMO ALGO NORMAL'**

LOS ARGENTINOS MEDIMOS LOS COMPORTAMIENTOS ÉTICOS CON DISTINTA VARA, SEGÚN NOS

## CONVENGA O NO. TENDEMOS A JUZGAR LA ACCIÓN POLÍTICA CON PARÁMETROS ESTRICTOS PERO PASAMOS POR ALTO NUESTRAS PEQUEÑAS TRANSGRESIONES COTIDIANAS.

Tenemos una vocación transgresora y tendemos a no respetar las normas, hacemos un culto de los valores light y tomamos la corrupción como si fuera algo normal.

La mirada de Diana Cohen Agrest es una radiografía de una sociedad con los límites desdibujados y, por lo tanto, "expuesta a generar su propio y evitable dolor".

Ella es doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y magister en Bioética por el Centre for Human Bioethics de la Monash University, Australia. Sus opiniones sobre las características de una sociedad transgresora llaman a la reflexión.

"El argentino medio tiende a reducir la esfera de la ética a los juegos del poder tan característicos de la política argentina, sin reparar en que la ética se debería ejercer no sólo desde el poder, sino en cada uno de nuestros actos cotidianos", dice.

Ahora de Inteligencia ética para la vida cotidiana, entre otros numerosos libros y artículos publicados, Cohen Agrest enseña en el Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde 1983, es investigadora de Flacso y de la Universidad Autónoma de México y da cursos virtuales de Bioética.

Una de las grandes virtudes de los textos de Diana Cohen Agrest es que -lejos de relegar su discusión a los ámbitos académicos exclusivamente- reúnen la actitud inquisitiva del pensar filosófico con un lenguaje ágil y llano y lo hacen desde una perspectiva laica y pluralista, con una buena llegada a las generaciones más jóvenes.

-Los argentinos tendemos a asociar la ética con las cuestiones públicas y con la política. Pero ¿qué ocurre cuando lo que está en juego son cuestiones del ámbito privado y de nuestra vida cotidiana?

-Por cierto, el criterio varía. El argentino medio tiende a reducir la esfera de la ética a los juegos del poder tan característicos de la política argentina, sin reparar en que la ética se debería ejercer no sólo desde el poder, sino en cada uno de nuestros actos cotidianos. De allí que, con razón, juzgamos a los políticos con parámetros estrictos, pero pasamos por alto nuestras pequeñas corrupciones cotidianas. Hace unos días, solicité en una playa de estacionamiento el ticket, y el encargado me respondió: "Usted me reclama por monedas cuando los de arriba se están robando el país..."

-¿Medimos los comportamientos con distinta vara?

-Claro. Esta asimetría con que juzgamos lo público y lo privado se reproduce en distintos planos. El conductor que se queja de que el Gobierno no resuelve el problema de los baches es el mismo que arroja papeles por la ventanilla. En otros países se respeta el espacio público porque se estima que es propiedad de todos. En nuestro país sucede exactamente lo contrario: el espacio público, precisamente porque es público, no es de nadie. Es una inversión nefasta.

-Hace más de 20 años el jurista Carlos Nino escribió Un país al margen de la ley, donde señalaba la vocación transgresora de los argentinos. ¿El paso del tiempo profundizó o atenuó esa inclinación?

-Nino nos advirtió sobre la anomia, entendida como una fuerte y sostenida inclinación a la ilegalidad, tanto en la esfera pública como en la privada, y creo que esa vocación transgresora se fue profundizando en los últimos tiempos. El mismo término "transgresor" posee una carga de valor positivo: aquello que en otros tiempos se denominaba "vanguardia" hoy, sintomáticamente, se llama "transgresión". El hecho de que se impida elegir rector de la Universidad de Buenos Aires es una clara modalidad transgresora en el marco de un sistema democrático, impensable a lo largo de la historia centenaria de esa universidad. Es curioso: mientras que un sistema de normas explícito establece claramente las reglas y las prohibiciones, paralelamente funciona un código práctico tácito que dice cuándo, cómo y por quiénes pueden ser transgredidas las normas explícitas. Las normas existen, pero coexisten con una normatividad alternativa que tiene mayor fuerza que la ley.

-¿Por ejemplo?

-Le puedo dar uno entre miles: en una esquina, el peatón tiene prioridad en el cruce de la calle. Pese a que existe una ley de tránsito que dispone que el automovilista debe detenerse para que el peatón pueda cruzar, es el automovilista quien le da la venia al peatón, concediéndole el permiso para hacerlo. Al peatón sólo le cabe esperar a que el automovilista le ceda dicha prerrogativa. De no hacerlo, adopta una conducta suicida.

-Asistimos a casos relacionados con violencia adolescente o juvenil, sin distinción de clases sociales ¿Qué pasa con los límites en nuestra sociedad?

-Los sentimientos agresivos existieron siempre. Parecería que lo que está fallando ahora es la capacidad inhibitoria de ciertos impulsos, en tanto y en cuanto no hay un mecanismo que medie entre el impulso agresivo y el pasaje al acto. Creo que la falta de límites que viven los adolescentes es, en gran medida, la resultante de que fueron educados por una generación que sufrió las prohibiciones de una dictadura. Como suele suceder, esos padres han pasado de un extremo al otro y se sienten incapaces de poner límites a sus hijos e incluso a sí mismos.

-Los jóvenes ven que sus padres trabajaron toda la vida y llegan a grandes en medio de graves penurias. Y piensan: ¿de qué les sirvió? ¿Cómo se lucha contra esa desesperanza?

-Se lucha contra la desesperanza quitando a los chicos de la calle, generando fuentes de trabajo para los jóvenes y garantizando una inserción digna a los que pudieron completar sus estudios. Pero estas políticas públicas concretas deben acompañarse con un modelo alternativo: enseñarles a pensar por sí mismos y a defender sus valores, sin dejarse llevar por una cultura mediática que fagocita la reflexión y que propone a menudo un modelo perverso que exalta la mimesis de lo más burdo que el ser humano puede exhibir.

-¿Cambiaron los valores? Pensemos en los que traían los inmigrantes a principios del siglo XX, cuando estaba todo por hacer

-Entonces la cuestión era relativamente más sencilla: hasta el más iletrado de los inmigrantes dictaminaba, a modo de incuestionable mandato, lo que debía ser el deseo de sus hijos: "Serás médico, ingeniero, abogado..." Y, quien más, quien menos, terminaba consagrándose duramente al mandato paterno hasta terminar con el título colgado en la pared. Lo cierto es que, pese al innegable esfuerzo, dentro de todo era bastante sencillo. Pero hoy los términos han cambiado. Padres posmodernos, tal como nos preciamos de ser, solemos declarar con un gesto entre pomposo y condescendiente: "Sólo quiero que seas feliz". Y, en rigor de verdad, formulado en estos términos, ser feliz es un objetivo más difícil de alcanzar que un honoris causa otorgado por la Universidad de Oxford.

-Usted habla de una ética para la vida cotidiana. ¿Podríamos decir, entonces, que el suyo es un libro de autoayuda?

-La literatura de autoayuda se ganó merecidamente cierta mala reputación. Pero, en rigor de verdad, toda gran filosofía es un texto de autoayuda. ¿Acaso la enseñanza socrática no se inició con ese "Conócete a ti mismo" por el que el filósofo vivió y murió en su intento de persuadir a sus conciudadanos de que sólo una vida reflexiva es digna de ser vivida? Por supuesto, si se esperan soluciones mágicas, o recetas, se está perdido: todo acercamiento a la filosofía es una invitación al gozoso riesgo de ser desbordados por los interrogantes.

-¿Qué diferencia hay entre moral y ética?

-El sentido común suele identificar la ética con la moral, y a menudo usamos uno u otro término indistintamente. Pero si aspiramos a la precisión conceptual debemos advertir que mientras que la ética es la teoría sobre el hecho moral, la moral alude al conjunto de normas y conductas predominantes en una sociedad. En cierto sentido, nos es impuesta. Así, creemos comportarnos moralmente, cuando en verdad sólo nos dejamos llevar por la corriente. En contrapartida, la ética es la reflexión sobre el conjunto de conductas y normas imperantes y, por extensión, es la reflexión sobre cómo conducir nuestra vida. Es un compromiso asumido frente a nosotros mismos, e implica ocuparnos de cómo deberíamos vivir y de qué deberíamos hacer.

Por Carmen María Ramos

Fuente: diario "La Nación"

Más información: [www.lanacion.com.ar](http://www.lanacion.com.ar)